

REFORMA SIGLO XXI

[SÁBADO 13 DE AGOSTO DE 2011] (PRIMER CAPÍTULO DE LA NOVELA INÉDITA “ARROYO SECO”)

■ ■ J.R.M. Ávila*

A penas bajas del camión urbano en Eloy Cavazos, justo donde termina el municipio de Guadalupe y comienza el de Benito Juárez, ves una patrulla atravesada en el carril pegado a la avenida y algunos agentes conversando de pie sobre el camellón, bajo la sombra de un árbol, impasibles ante el congestionamiento de tráfico que provocan.

Poco más adelante del retén se encuentra un 7-eleven y, empujado por la sed, decides comprar cerveza. Cuando te encaminas hacia el lugar, llega una camioneta roja que se estaciona de prisa y de ella baja un hombre de chanclas, pantalón corto y playera sin mangas. Sin apagar el motor, antes de dirigirse a hacer sus compras, se detiene para decirle a su hijo de unos seis años: “Espérame tantito, no me tardo”.

El niño asiente con la cabeza y ni siquiera levanta la mirada, concentrado en el juego electrónico que sostiene en las manos. El hombre entra al minisúper sin preocuparse, confiando en que no ha de tardar. De inmediato, dos desconocidos abren las puertas de la camioneta, bajan en vilo al pequeño, y la echan a andar de reversa. Buscas al hombre para advertirle que acaban de despojarlo, pero no lo encuentras. Recorres la tienda y, cuando lo localizas, ya se dispone a pagar.

Es entonces cuando nota que su camioneta se aleja a vuelta de rueda. Su primera reacción es de susto; la segunda, de enojo contra su hijo, al suponer que es él quien la ha echado a andar: “Huerco cabrón”, dice entre dientes, como si no quisiera que los demás se den cuenta de lo que sucede, pero cuando descubre al niño de pie sobre la banqueta sale corriendo tras el vehículo.

Supones que puedes serle útil como testigo, aunque no repara en ti. Se dirige a los agentes que vigilan el retén y les dice precipitadamente que le acaban de robar su camioneta y ellos, solícitos, se aprestan a darle indicaciones para que haga la denuncia ante las autoridades correspondientes. “¡Pero si es esa camioneta roja que va allá!”, les dice. “¿La roja?”, dice uno de ellos como para estar seguro. “Sí”, le contesta el despojado. “No se preocupe”, dice otro agente, “más adelante hay otro retén y ahí la van a detener”.

Ya mejor ni te metes en el asunto. De nada le sirve decirles que ellos la pueden alcanzar. Argumentan que no pueden mover la patrulla de su lugar porque sería



Homenaje a Celia Calderón de la Barca

*Autor de los libros “Ave Fénix”, “Relámpagos que fueron” “La Guerra Perdida”. Ha publicado en las revistas “Entorno”, “Política del Noreste”, “A Lápiz” de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L., “Entorno Universitario”, “Reforma Siglo XXI” y “Polifonías” de las Preparatorias 3, 9 y 16 de la UANL, respectivamente, y “Conciencia Libre”. jrmavila@yahoo.com.mx

como levantar el retén y ellos no tienen autoridad para hacerlo. “¡Cuando menos avisen a los del otro retén!”. Sin atenderlo, sin decir más, los agentes se concentran en revisar los vehículos que van pasando, lo cual no hacían antes de que el hombre llegara a avisarles del robo.

Convencido de que nada harán, se regresa al 7-eleven por su hijo. No te da tiempo de hablar con él ni de informarle lo que presenciaste. Lo sigues unos pasos y, molesto porque no repara en tu presencia, decides desentenderte de él. Al fin que no es problema tuyo. Lo ves alejarse enfurecido, con el niño tomado de la mano. Dudas entre irte a la casa o comprar algo en el minisúper, pero al recordar que otras veces llegas a la casa y lamentas no haberte provisto de bebidas y botana, te decides a llevarlas.

Entras de nuevo y mientras eliges lo que vas a comprar, casi con gusto imaginas la llegada del despojado a su casa. Marcará números ocupados, números que no funcionan, números burocráticos, números que lo dejarán en espera. “¿Y la camioneta?”, dirá la esposa sorprendida al ver que han llegado a pie. “Se la robaron”, dirá el hijo sin dejar de picar los controles de su dispositivo de juegos electrónicos. “¿Cómo que se la robaron?”, la mujer abrirá grandes los ojos. El niño se encogerá de hombros y se dispondrá a continuar su juego, acomodándose en un rincón de la casa mientras el hombre, derrotado por el teléfono, se hundirá en un sillón.

En tanto, con cerveza y frituras en ambas manos, libre de la imaginación, sonrías complacido y te diriges hacia el mostrador. Formado en la fila, observas a los agentes que permanecen todavía de pie sobre el camellón, bajo la sombra del árbol, impasibles de nuevo ante lo que sucede a su alrededor. Los conductores accionan los cláxones para nada. La fila de autos avanza más lenta que la que haces en el 7-eleven.

Tras pagar los artículos que llevas, sales resignado al calor, te expones al sol vuelto perro, y te echas a caminar. Largo se te hace el trayecto para destapar la primera cerveza. Que la vida que te rodea o lo que de ella resta se vaya al demonio. Ese es tu deseo. Piensas en el papá del niño y sonrías al recordar que ha sido despojado. Te descubres diciendo en voz alta: “Lo bueno es que yo no tengo camioneta que me roben”, y como si acabaras de entender una

broma, dices: “Tampoco él”, y sueltas la carcajada. Llegas a la casa. Vacaciones por fin. Una semana para ti solo. Tras meter la cerveza al refrigerador, te despojas de la ropa y de los zapatos para recibir el agua de la regadera. La lluvia artificial te recuerda las verdaderas de hace meses, ¿cuántos?, ¿tres, cuatro, casi cinco? Te abandonas a la frescura del agua hasta que recuerdas la bebida.

Cierras la llave, te secas poco y vas desnudo por frituras y cervezas. “Una no es ninguna”, dices mientras destapas una y sintonizas el juego de fútbol de las cinco de la tarde. Te la bebes de hilo. Destapas la segunda y abres la bolsa de frituras. “Dos cervezas son apenas una”. Bebes con más calma. Comes frituras desahogado hasta que se agotan. “Tres cervezas...”, dices y no completas la frase porque te quedas dormido.

Despiertas cuando termina el juego de fútbol de las siete de la noche y no esperas a que inicie el de las nueve porque la crudeza del hambre te hace salir de la casa para buscar dónde cenar. Caminas dos cuadras y no te convence un puesto de tacos de bistec. Avanzas media cuadra, pero las hamburguesas que ahí venden tampoco se te antojan. Te detienes y decides ir a un lugar en que se ofrecen enchiladas, flautas y tacos dorados. Sólo de recordarlo se te hace agua la boca.

Es un restaurante enorme que siempre te ha parecido un establo, con un altísimo techo de lámina e incontables mesas que casi siempre se encuentran llenas. Esta noche no es la excepción. Tienes que esperar turno hasta que una pareja desocupa su mesa. Te traen el menú. Con tanta hambre, quisieras pedir tres o cuatro platillos, pero ordenas unos tacos dorados suaves y un refresco de naranja. Apenas terminas de ordenar, llegan tres jóvenes mujeres y se sientan en la mesa que está a tu izquierda. Todo es camaradería, bromas, risas y conversación entre ellas, incluso cuando llega el mesero y toma nota de lo que consumirán.

Enfrente de ti hay un televisor sintonizando el juego de las nueve. Dos líneas irregulares atraviesan la pantalla y el sonido apenas se escucha. Te concentras en las líneas y de repente parece que le hubieran subido al volumen. No es así. Las tres jóvenes, tras ordenar su cena, han dejado de conversar porque dos están entretenidas con sus



Niña

celulares y la tercera, al no captar la atención de ellas, saca el suyo y se les une.

No conversan entre ellas, pero eso no parece incomodarles, sonrían por lo que reciben en sus celulares, teclean algo con rapidez pasmosa y se quedan esperando lejana respuesta. Apenas levantan la mirada para recibir sus respectivos platillos. Mientras se preparan para cenar continúan conectadas, embebidas en lo que reciben y envían (mensajes, fotos, videos tal vez, no alcanzas a distinguir).

No se percatan de que las observas. Toman fotos de sus platillos y las envían a alguien que sólo cada una sabe. Es sorprendente que, aunque resulte más fácil compartir el gusto por lo que comen con sus compañeras de mesa, prefieren hacerlo llegar a alguien que sólo puede verlo, pero no olerlo ni saborearlo. El mundo no es lo que las rodea sino lo que va y viene por internet. Eso las pone contentas. ¿Qué hace que aún acompañadas prefieran

comunicarse con gente que se encuentra a unas cuabras o a cientos de kilómetros de distancia? ¿Les será más fácil hablar en silencio y, además, con gente que no está frente a ellas? ¿Será más sencillo hablar de cosas íntimas con gente que jamás llegarán a conocer físicamente? ¿Preferirán inventar una imagen de sí mismas que no concuerda con la realidad ante gente que nunca las conocerá para desmentirlas?

¿Será que así pueden decir cuanto se les antoje y desconectarse de un mundo real que para nada les gusta? ¿Acaso piensan que es mejor olvidarse de un mundo que no está hecho a su medida, que ofrece pocas oportunidades de paz, que incita siempre a la violencia, que cultiva la muerte por doquier, que se sustenta con base en fraudes y transas? ¡Vaya! Te has vuelto puras preguntas esta noche y no sabes en qué momento terminaste de cenar.

Esta cena pudo tener momentos inolvidables para las jóvenes, pero los pierden en una red social. Imaginas que se atreverán a escribir que están con fulanita y zutanita en tal lugar. Pero ni están con ellas, ni en tal lugar. Sin Twitter, sin Facebook, sin red social alguna, ¿qué sería de ellas? Terminan de cenar en silencio, sin apartar la atención de sus celulares. “A ver si nos juntamos más seguido”, dice una. Las otras apoyan la propuesta, pagan, se despiden muy contentas y salen del restaurante.

De repente reparas en que, por la prisa, se te olvidó el celular en casa. Si lo trajeras tal vez no habrías reparado en las jóvenes. Y lo más grave, ni siquiera en tu propia cena. Sonríes porque, aunque te pese, lo que has visto en ellas, también aplica para ti. Te sientes tan lleno que decides no regresar todavía a casa. Además, para qué, ¿para estar solo? Decides caminar sin rumbo por las orillas de la colonia.

“¡Ayúdenme!”, se escucha angustiada una voz de mujer. “¡Nadie te va a oír, mejor cállate!”, la ataja una voz de hombre que pretende contenerse pero que se encuentra fuera de control. “¿Qué les he hecho para que quieran lastimarme?”, la angustia se confunde con llanto. “Pero si no queremos lastimarte, al contrario, queremos tratarte muy bien, mamita, nada más tiente esto”, dice una voz lasciva. “¡Nooooo!”, se agudiza la voz de mujer. “Te va a gustar, mi reina. Además, por la fuerza hasta puede dolerte”, dice una

tercera voz de hombre. “Nada te cuesta cooperar”, dice la voz lasciva. Después, voces enmarañadas: “Abre las piernas”. “¡Noooo!” “¡Ábrelas o te las abrimos a putazos!” “¡Por favor, no!” “¡Que las abras!” se oye un golpe seco. Una pausa de silencio y una voz que parece dar la orden de atacar: “Ándale, así, ¿ya ves?, ¿qué te costaba?”.

Te has quedado de pie y en silencio, escuchando la maraña de voces que se cuelan desde el baldío por un agujero de la barda. Desde aquí no se ve nada, sólo se escuchan los dolores de la mujer, la lujuria, la satisfacción y la burla de los hombres que por sus voces supones jóvenes. Ella no pide más ayuda, ni se opone a los ultrajes que le hacen, pero por los quejidos que deja escapar sabes que la dañan. Oyes que termina uno y sigue otro y otro y se repiten los turnos. Por una parte, escuchas con morbo y sientes que te excita lo que oyes; por otra, el regodeo de los hombres y los gemidos de la mujer se incrustan en tu cabeza y te alebrestan la sangre.

De nuevo se escucha la voz de la mujer: “¡Por favor! ¡Ya no!”. “¿Cómo que ya no? ¡Tú no eres quién para decirnos cuándo dejemos de cogerte!”. “¡Ayúdenme!”, se escucha más apagada la voz de la mujer. Y entonces, sin que lo hayas pensado ni por un instante, les gritas que la dejen en paz. Ellos se quedan callados, sorprendidos de que alguien los haya descubierto y, no conforme con eso, se atreve a desafiarlos. “¡Ayúdenme!”, grita la mujer con voz más fuerte, llena de esperanza.

Eso te empuja a amenazarlos: “¡Déjenla o le hablo a la policía!”. Y la batalla de las voces se desata. “¡Tú y la policía nos la pelan!”. “¡Les digo que la dejen!”. “¡Sigue chingando y te madreamos, cabrón!”. “¡Ayúuuudenme!”. “¿Quieren que de veras le llame a la policía?”. “¡Vamos a madrear a este cabrón!”, dice furioso uno de ellos. “¡Órale!”, lo respalda otro. Se escuchan ruidos en la barda, jadeos, esfuerzos para escalarla.

Buscas alrededor con qué armarte. Nada encuentras. Ni siquiera un pedazo de piedra. Y ellos, próximos a atacarte, de seguro han de traer con qué cumplir sus amenazas. Corres hasta unos matorrales y tropiezas con un palo largo y grueso y con unas piedras de buen tamaño que introduces en los bolsillos de tu pantalón. Regresas de prisa y llegas al pie de la barda en el momento justo en que uno de los abusadores asoma la cabeza y coloca las piernas en el filo de la barda, como si la cabalgara.

“No vas a poder contra nosotros, güey. Somos muchos para ti, mejor píntate”, dice tratando de amedrentarte. Ves que se asoman los otros dos. No puedes perder tiempo, así que sin avisar le sueltas un golpe con el palo al que monta en la barda. Le das de lleno en el costado izquierdo, el golpe se aloja en sus costillas, se escucha el crujido y el grito sofocado por el dolor. Lento, como posando para una película, se desploma en la banquetta sin meter las manos. La barda se queda sin jinete.

“¡Ayúuuudenme!”, reinicia la voz de la mujer. “¡Ya cállate, pinche vieja puta!”, dice uno de ellos, a punto de saltar la barda y arrojarse contra ti. Antes de que lo consiga, retrocedes, les tiras pedradas a menos de cinco metros. Se oyen dos golpes atinados: uno en el cuerpo del segundo joven y otro en la cabeza del tercero. Como pueden, se las arreglan para saltar hacia la banquetta. El del golpe en las costillas se levanta a medias, lidiando con el dolor y la furia. Los otros, a pesar de las pedradas que les sigues arrojando, le ayudan y huyen, corriendo a no mucha velocidad calle abajo. “¡Ayúuuudenme!”, insiste la voz adolorida de la mujer y te olvidas de los fugitivos. “¡Vas a ver, cabrón! ¡Al cabo ya sabemos quién eres!”, dice uno de ellos al sentirse libre de tu ataque.

Apenas se alejan, sueltas el palo y de inmediato escalas la barda. Cuando vas a brincar hacia el baldío, ves que a lo lejos se detiene una granadera, varios policías forcejean con los tres fugitivos, supones que hablan con ellos, los apresan y los suben. Brincas la barda, pensando en la fortuna de que los hayan atrapado. Encuentras a la mujer gracias a sus gemidos. Está desnuda de pies a cabeza, no alcanzas a distinguir muy bien los rasgos del rostro por tantos golpes que le dieron. Apenas te ve llegar, se abraza a ti. Respiras hondo, tratas de serenarte. Ella no repara en su desnudez sino en que la has salvado. Poco a poco, la claridad naciente permite que la veas. Es hermosa, muy hermosa. De pronto te das cuenta de que la claridad se debe a las luces de la granadera que ha entrado al baldío por un lejano tramo de barda caída. Qué bueno, porque solo no sabrías cómo llevarla hasta donde la auxilién.

En cuanto se detiene el vehículo, se dejan venir las voces en contra tuya. “Ahí está, jefe. ¿Ya ve que no le echamos mentiras?”. “Por más que le pedimos que la dejara en paz, no nos hizo caso”. “Estaba como loco”. “Nomás mire cómo nos dejó”. “¿Nos podemos ir, oficial?”. Las luces de la granadera iluminan la

escena contigo y la mujer desnuda como centro. “¿Nos podemos ir, jefe?”. “Aquí no le servimos de nada”. “Sí, jefe, nosotros ya cumplimos”.

“Sí, lárguense. Nosotros nos encargamos de este cabrón”, dice la voz de mando. “¡Óigame, pero si ellos fueron los que la violaron! ¡Míreles la ropa y verá que fueron ellos! ¿Cómo va a dejar que se vayan?”, reclamas, mientras empiezas a sentirte atrapado. “¡Órale, cabrón, vas pa’ arriba!”, dice uno de los policías, aferrándose a tu brazo izquierdo y encaminándote hacia la granadera.

“Él no: fueron ellos tres”, dice la mujer, apenas con un hilito de voz, mientras los policías te esposan y te suben a la parte de atrás de la granadera. “¿Ya lo ve? ¿Cómo van a crearles más a ellos que a ella?”, dices desesperado. “¡Cállate, cabrón, o te chingamos!”, dice un policía. Intentas hablar de nuevo y dos golpes casi sincronizados te abren el dolor en el rostro y en el vientre. “Y ustedes qué ven, lárguense de aquí”, dice el jefe y los tres violadores se van de prisa antes de que la autoridad se arrepienta.

Quedas tendido en el piso de la granadera y a lo lejos flota la voz de un policía que propone: “Oiga, jefe, la morrita está que se cae de buena. ¿Cómo ve? Total, ya esos cabrones la dañaron. ¿Qué pierde si se porta bien con nosotros?”. “Sí, está muy buena”, secunda otro policía. “¡No, por favor!”, suplica la mujer. “Pero para qué quieres broncas. Además, esos cabrones ya se la cogieron, no sea que vayan a tener sida o algo peor”. “Podemos bañarla en mi casa. Y ya después, nomás dígame, pa’ qué son los condones”. “¡Ustedes no tienen madre!”, les gritas, desde tu lugar, esposado a la granadera. “Nomás por eso, acabas de chingar tu vida”, dice el jefe. Suben a la mujer junto a ti. Se ve sin fuerzas, a punto de desmayarse, más cerca de la muerte que de la vida. Uno de ellos le recoge la ropa y los zapatos, y esculca el bolso (maldiciendo a los malandros porque ya la han saqueado). Con todos a bordo, arranca la patrulla.

Pasan a toda velocidad calles y calles, minutos y minutos. Deben ser las dos de la mañana cuando el viaje termina. Te destraban de la camioneta, pero te esposan las manos a la espalda, y entran todos a una casa vacía.

El jefe, un hombre de bigote muy delgado y con la sonrisa torcida, se sienta a comer frituras en una

mesa. Si lo ves de un lado, parece sonreír; si lo ves del otro, parece a punto de hacer algo malvado. A su lado se sienta un policía de párpados caídos, boca de pescado y nariz de gancho: “Déjeme ser el primero, jefe, a mí siempre me toca ser el último en todo”. El jefe dice que sí con un movimiento de cabeza.

Un policía de rostro colorado se acerca y te cuchichea: “Si quieres te hago un paro y te dejo ir, bato. Nomás asegúrame que me vas a juntar un buen billete y yo paso por él mañana a tu casa. Pero eso es acá entre nosotros, sordeado. Tú nomás dime y nos arreglamos”. “¡Camarón!”, grita el jefe, “Ya déjate de chingaderas con el preso”. El policía empieza a retirarse pero te dice: “Piénsalo”, en voz muy baja.

El chofer, un policía que parece sonreír en todo momento gracias a sus dientes saltones, entre los cuales resalta un diente con bordes de oro, dice adulador ante el jefe: “¿Me permite bañar a la dama, jefe?”. Ante la anuencia del hombre que no deja de masticar frituras, se lleva a la mujer, que no puede contener el llanto. “¿Me permite, señorita?”, dice y volteo a ver a los otros soltando una risotada: “¡Señorita! ¡Jajajaja!”, y desaparece con ella en el baño.

Se oye salir agua de una regadera. Los sollozos de la mujer no cesan. Quien la baña parece lastimarla y los sollozos se truecan en nuevos gemidos. A partir de entonces no deja de dolerse, de quejarse, de protestar, como si el policía hiciera algo más que bañarla. De repente ya no se oye el agua. Unos minutos después, la mujer y el policía salen desnudos. Quien pidió ser el primero conduce a la mujer hasta un cuarto contiguo. Desde la sala escuchas los preparativos primero, las acometidas contra la mujer después, por parte de los tres policías. Según lo que escuchas, cometen peores atrocidades que los violadores, no se hartan. Siguen incansables. El jefe mastica eternamente y no hace el intento de unírseles.

“¡Eh, ya párale, sigo yo, ya con esta llevas tres veces!”, escuchas. “¡Sí, pero tú la estrenaste y eso vale doble!”. “Si quieres te vendo mi turno”, dice una voz que identificas como la del policía que propuso ayudarte. “¡Dejen de discutir o se les acaba la fiesta!”, dice el jefe masticando hasta las palabras. Después ya no se escuchan protestas ni discusiones. Sólo gemidos de la mujer y voces lujuriosas de los guardianes de la ley.

Llega un momento en que te llevan a donde están, para que veas cómo lo hacen. Usan condón, como propuso uno de ellos, por si acaso, para no contagiarse. Hay varios condones usados, tirados en el piso. Te sientes furioso, muy furioso, pero algo más sucede en ti. De repente te descubres excitadísimo, con una erección que no puedes controlar.

“Qué, ¿te gusta la morrita?”, dice el jefe con su torcida sonrisa. Callas, pero no puedes ocultar la erección. “Ándale, no te quedes con las ganas. Mira nomás cómo estás. Total, ya se la cogieron estos; otro, qué más da”. Ante sus palabras, la erección desaparece. Has vuelto a la realidad y sólo tú puedes notarlo.

Los policías te quitan las esposas y sin pensarlo te les echas encima. Recibes un golpe en la cabeza y

antes de desvanecerte alcanzas a ver que la mujer no se resiste, que se deja hacer, que ya no suplica por ayuda. La penetran sin saciarse y, a pesar de que nada puedes contra ellos, te agobia una rara sensación de culpa y de vacío. Quisieras pedir perdón a la mujer cuando sientes que el semen se te desborda y mancha tu pantalón. Escuchas como en sueños la voz de uno de los policías. “Ya tenemos al culpable, jefe”.

No sabes por qué se molestan en esposarte, si no te quedan fuerzas para escapar. Te sientes cargado en vilo y arrojado como bulto en la caja de la patrulla. Pasos alejándose. Silencio. Pasos de regreso. La mujer es otro bulto que se une al tuyo. Los policías no hablan, sólo sus respiraciones agitadas y malolientes flotan en el aire que respiras.



La rebelión Cristera